

plirme. ¿No ves claro? No te acuerdas de nada? ¿O es que te has olvidado aun de tí misma, o que has mudado hasta el punto de perder hasta tu sombra, hasta dejar de ser lo que eras en el alma, oh, síntesis angélica de todos los azúcares y toda la dulzura?

Pero, ¿por qué?—preguntaría yo en tu caso—, ¿cómo es que ya hemos llegado a dulzadura? Lógicamente estábamos entrando a dulzadura apenas, y ahora, de buenas a primeras, sin ningún surcido y sin ilación alguna, brincamos a dulzura. ¿Qué es lo que hay que ver en esto, un truco o un descuido, una artimaña o una precipitación o inadvertencia?

Ni un truco ni un descuido. Muy cierto es que parece ser así, pero en caso de serlo no ha sido un truco mío, ha sido un truco del idioma. Y en mi humilde concepto no constituye falla. Se debe sólo a un acto de obediencia y disciplina en que la realidad se impone a la mentira que es toda ficción, así sea la muy científica y matemática llamada regla de falsa posición. Míralo humildemente; dulzadura no existe; fue sólo un auxiliar, vana ficción y, como tal, y tal como era de esperarse, se ha tornado a la nada, al vano seno de donde había sido sacada.

Y ello es un prodigio, una coincidencia prodigiosa que acabo de advertir. Cultivadura está en el mismo caso que dulzadura, tampoco existe. Si quieres, ve y búscala en el mundo, mas buscarás en vano. Todas las pesquisas en que te empeñes no te servirán para otra cosa que para enseñarte que cultivadura es un disparate, que la única voz genuina es cultura. Y, digo yo, de la aparición de esta palabra no me podrás culpar. Y fíjate, considera y explícame, si puedes, ¿en qué consiste que dulzadura sea a dulzura, como cultivadura es a cultura? ¿Cuál guía, qué luminoso espíritu invisible y no sentido, nos ha ido trayendo por tan rectos, equidistantes y paralelísticos caminos?

De allá quise traerte aquí, entré por donde no sabía y ya hemos llegado. Aún nos falta un trecho. ¿Qué es Cultura? Dentro de algunos días lo sabrás. Por de pronto, conténtate con esto. Me siento fatigado. Empiezan a juntarse en torno mío los árboles y las malezas de la empañada selva del sueño y del cansancio. Cultivo, cultivadura, cultura. He aquí el itinerario. Cuando le hallamos dado cima entraremos al otro, al que te consolará de la inquietud que sientes al pensar a cuál rumbo se irá a volver la humanidad ahora "que ha perdido el astro de orientación que era para la humanidad la fe en Dios".

# ENSAYO SOBRE EL CONCEPTO DE LA HISTORIA

Por ROBERTO RAMOS, DANTES

LA HISTORIA es el estudio de los hechos; se refiere a lo que ha acontecido. El concepto se determina por sí mismo esencialmente, y así, parece contrario a su determinación. Cabe, sin duda, reunir los acontecimientos de tal manera, que nos representemos que lo sucedido está inmediatamente ante nosotros; pero entonces habrá que establecer el enlace de los acontecimientos, habrá que llegar al descubrimiento de la HISTORIA PRAGMÁTICA, o sean las causas y fundamentos de los sucesos.

Debe entonces representarse que el concepto es necesario para ello, sin que por eso el *concebir* se ponga en relación de oposición a sí mismo. Ahora, que de este modo los acontecimientos siguen constituyendo la base de la HISTORIA, y la actividad del concepto queda reducida al contenido formal, universal, de los hechos, a los principios y reglas.

Sabemos que el hombre, creador de la HISTORIA, es un ser pensante. En todo lo humano: sensación, saber, voluntad, etc., hay un pensamiento; por consiguiente, también lo habrá en toda ocu-

pación de la HISTORIA. Estos pensamientos, lógicamente, serán creados y dirigidos por la razón; empero, si la razón es una de las leyes que deberían regir al mundo, ¿la HISTORIA habrá transcurrido también racionalmente?

Entonces, la HISTORIA se refiere a los hechos; pero, ¿qué clase de hechos? Siendo como ha sido, creada por el hombre, habrán de ser los hechos humanos, y, como humanidad y sociedad son conceptos concomitantes, llegaremos a la conclusión de que: la HISTORIA será *el estudio* de las causas, los fundamentos y la sucesión de los acontecimientos sociales; pero un *estudio* consciente, sin prejuicios extraños, ajenos a quien, al realizar *el estudio*, pensar, razonar, y sacar conclusiones, le hagan obtenerlas totalmente falsas, de tal modo, que lo lleven al error histórico, el cual, con la secuela pedagógica seguida hasta la fecha, ha imperado e impera hasta hacer que desaparezca, como ha desaparecido, la verdad histórica. ¡La verdad histórica no existe! La HISTORIA ha sido y será, salvo raras excepciones comprobadas por la ciencia (auxiliar valioso de la HISTORIA) un cúmulo de sofismas tendientes a loar al individuo, a crear falsos héroes, en realidad grandes asesinos, y a robustecer en la inconsciencia colectiva, el estúpido egoísmo de los pueblos bautizado por los necios con el pomposo nombre de "patriotismo".

La HISTORIA debe arrojar la carga de individualismo llevada a costas hasta la fecha; debemos buscar en ella un fin universal, un fin común a la humanidad, y no una finalidad del espíritu subjetivo o del ánimo, ni las pasiones, ni las energías, ni los destinos de los pueblos junto a los cuales se empujan los acontecimientos. Debemos buscar en ella lo infinitamente concreto, que comprende todas las cosas, que está presente en todas partes. La HISTORIA en afinidad con las ciencias deberá estudiar: desde el cosmos, ese conjunto de cuerpos que vagan en el espacio, de los cuales el más cercano a nosotros está a una distancia inapreciable para los sentidos humanos, hasta llegar, de etapa en etapa, al conocimiento de la tierra, esto es, del planeta que habitamos, porque del proceso evolutivo del mismo depende el hombre, de sus condiciones físicas, del medio ambiente, etc., que son factores determinantes en las causas y fundamentos históricos. El primitivo hombre cuaternario y las especies humanas subsecuentes fueron esclavos del medio, todos ellos, inadaptados, sucumbieron; solamente después, ya mejor dotados los hombres por el proceso evolutivo sufrido por las razas, pudieron conservarse, ya que, con el acervo de invenciones que paulatinamente invadía a aquellos seres, fueron neutralizando la acción del

medio, acción que, aún hoy, es determinante en los caracteres somáticos y morfológicos del hombre.

Para llegar al conocimiento del planeta en que vivimos son necesarias consideraciones físicas, astronómicas, geográficas, biológicas, etc., ya que en la actualidad se ha pasado del período de las sonjeturas, a un plano mayor de conocimientos suficientes para externar juicios que no hace doscientos años, hubiesen parecido inconcebibles. La edad de la tierra pasa, seguramente, de los dos mil millones de años; y si en el espacio, lo mismo que en el tiempo, nuestro planeta es una ínfima parte, un pequeño grano de arena perdido en el incommensurable océano del infinito, júzguese la soberbia necesaria para hacer el estudio de la HISTORIA, (relación ingenua de los acontecimientos efectuados por un grupo de seres bobos, llenos de admiración y de odio, exterminándose entre sí, en mil formas y de mil modos; siempre en busca de la manera más fácil para acabar con sus semejantes, alegando para ello banalidades: religión, raza, patriotismo, que en todos y cada uno de sus casos son inmensamente falsos.

Al estudio de tal materia vamos a dedicarnos, y la biología, la astronomía, el derecho, todas las ciencias, en fin, habrán de ponerse a nuestro servicio para llevar a cabo de una manera clara y precisa el estudio de la HISTORIA.

Desde el sub-hombre de Neanthertal, desde el hombre Cro-Magnon, desde el hombre paleo-americano, hasta las grandes civilizaciones contemporáneas, a las cuales se ha llegado a costa de verdaderas carnicerías colectivas, que no eran otra cosa que "conquistadas" de un pueblo a otro más débil, y de los que surgieron organizaciones más perfectas (?) y se fundó el Estado, en el cual ya hubo amos y siervos; y de esos Estados cuya estructuración jurídica y social quedó a cargo de los amos, surgieron las naciones.

Pasó el tiempo, y llegó un momento en que los siervos despertaron de su letargo, les asaltó el pensamiento de que podían ser libres y no faltaron locos e idealistas que lucharan por su emancipación; de tal manera, que los amos se encontraron de pronto con que ya no tenían derecho de vida y muerte sobre sus esclavos, cayeron por tierra los sistemas feudales; mas aquéllos, no conformes con perder el control de sus esclavos, se echaron en busca de una fórmula, y la encontraron; les dieron el nombre de obreros, ellos se autotitulaban patronos, banqueros e industriales y todos contentos siguieron como siguen: el esclavo, el ilota, es el actual proletariado; el antiguo señor feudal, llámase hoy capitalista.

Se ha pasado por fases tan conocidas, en el constante devenir histórico, que no haremos sino posar

una mirada sómera sobre ellas. Encontramos en este ligero examen que la HISTORIA no es sino una eterna repetición, veamos: 790 años antes de J. C., conquista de Egipto por los etíopes; 200 años pués, toma de Nínive por los caldeos y medos; cien años transcurren y Ciro el persa se lanza a la conquista de Croesus; luego vienen las guerras púnicas que sumen en la estupidez al culto pueblo griego; aparece Roma, pueblo de conquistadores, encuentra que Cartago se opone a sus rapiñas y se entabla la lucha, hasta quedar el pueblo cartaginés convertido en un montón de escombros humeantes; después se suceden las guerras contra los godos, los galos, los vándalos y hunos.

Y sigue, sigue la eterna guerra entre el rebaño conducido por un puñado de ambiciosos que se titulan emperadores, reyes, papas, príncipes y generales. Así aparecen en la HISTORIA nombres odiosos como Alejandro, César, Tamerlán y Napoleón, hasta culminar con los grandes estrategas y no menos ambiciosos como Foch, Hindenburg y Pershing, los que lanzaron a la carnicería más grande que registra la HISTORIA a millones de seres en nombre del "patriotismo", y bajo la presión de un grupo de judíos prestamistas y fabricantes de armamentos.

Esa es la HISTORIA, así la aprendemos, y aún nos exaltan el amor patrio con el odio a los pueblos que en pasadas épocas pretendieron subyugar, o subyugaron al nuestro. "¡Esos pueblos—nos dicen—son nuestros enemigos naturales! ¡Seamos patriotas—eso nos inculcan—, muramos antes que ver subyugada a nuestra patria!" ¡Idiotas! Nadie es capaz de ver más allá de sus narices. ¿Qué culpa tiene el soldado de cualquier país que invade el nuestro, si viene obligado, engañado, si ignora que su muerte sólo beneficiará a unos cuantos mercachifles, y que los suyos morirán porque él, único sostén con que contaban, ha desaparecido en aras de un falso ideal?

Sabemos que la reflexión pensante es la que prescinde de la diferencia y fija lo universal, que debe obrar de igual modo en todas las circunstancias y rebelarse en el mismo interés. El tipo universal puede también rebelarse en lo que parece más alejado de él. ¿En el rostro más desfigurado se puede buscar y encontrar lo humano? ¿Puede haber uná especie de consuelo y compensación en el hecho de que quede en él un rastro de humanidad? ¿Sí o no? Lo más probable es que no, pero sea como sea, con este interés, la consideración de la HISTORIA UNIVERSAL pone el

acento en el hecho de que los hombres han permanecido iguales, de que los vicios, más aún que las virtudes, han sido los mismos en todas las circunstancias y en todas las edades.

Ahora bien; ¿con el conocimiento de la HISTORIA qué perseguimos? El interés es de índole substancial y determinada: es una religión, es una ciencia, o es un arte.

En la actualidad, el individuo se encuentra ligado a intereses esenciales de clase, por fuerzas que, de convencionalismos fijados por hombres ajenos a él—que no ha tomado en ello parte alguna—han llegado a la categoría de leyes, dictadas por esos hombres que se tomaron el derecho de hacerlo, atendiendo únicamente a intereses personales cubiertos por el velo de patria, religión, saber, rectitud y moral. ¿Qué le queda entonces al ente humano? ¿Qué papel va a representar en el drama humano, en el cual lo más probable es que sólo le toque el rol de fante? Solamente le queda la libertad de elegir, muchas veces a ciegas, los círculos particulares a que quiera adherirse.

Pues bien, la HISTORIA UNIVERSAL, cuyo estudio perseguimos, es eso mismo, hallamos a los hombres ocupados en tal contenido, llenos de tales intereses.

El curso de la HISTORIA debe ser cambiado. ¿Hasta cuándo terminarán esas dosis mortales para los pueblos, como para la humanidad entera, de HISTORIA cubierta por un manto que destila sangre? Que la HISTORIA deje ya de ser el conocimiento de las matanzas, de las carnicerías llevadas a cabo en aras de idealidades falsas, y que esa misma HISTORIA desenmascare a los tiranos devoradores de cultura, de civilización y, por ende, de humanidad. Que esa misma HISTORIA saque a los hombres de su error y les enseñe que el mundo no se hizo para teatro de las guerras. Que les enseñe que no es asesino el hombre que mata a otro por esta o aquella circunstancia, que les enseñe que éste es un vulgar matoide, y que el verdadero asesino sin entrañas es aquel que, por cuidar los intereses de un grupo ínfimo de su pueblo (tan ínfimo que lo puede contar con los dedos de una mano) se torna implacable, y lanza a todo ese desdichado pueblo al matadero. ¿Que esa misma HISTORIA haga que los mercachifles, financistas y grandes capitanes de industria, sean, como los mercaderes de Jerusalén, arrojados ignominiosamente; mas no por un profeta, no por un hombre, sino por todos los hombres, por la humanidad entera!